

**CUENTO DE JOSÉ REVUELTAS,
NARRADO ALGUNA VEZ POR LACO
ZEPEDA Y RESUCITADO POR UN
EXPOETICISTA EN SU EDAD
PROVECTA.**

José llegaba con retraso a la reunión y, *rallentando* los pasos, se tardó un poquito más para meditar en la disculpa que tendría que ofrecer a los camaradas y amigos. Era el cumpleaños de no sé quién, se le esperaba desde hacía buen rato y él temía el enojo de algunas o algunos y hasta el virgíneo “mira, Pepito, a qué horas vienes llegando”. Tocó el timbre, se abrió la puerta y Revueltas se imaginó que tenía frente a sí el espinoso reclamo de los impacientes. Alguien le quitó la bufanda que se le enroscaba en el cuello, le buscaron una silla y él, arrellanándose en su

cerebro, discurrió: denme un *gin and tonic* y les cuento, chitos y chitas, por qué he llegado tarde a la celebración.

El zumbido de una mosca se robó todo el sonido de la sala.

Estaba en la esquina de la calle en espera del autobús que me trae aquí, con mis pies hormigueantes de prisa, cuando escuché o creí escuchar a mis espaldas la voz: “ayúdeme señor ayúdeme”. Volví la cara y miré que la *árbola* caminaba atolondradamente hacia mí. No era, no, un árbol, sino una *árbola* de aproximadamente quince abriles, con una hojarasca más verde que la esperanza en sus días de desenfreno. Quería que la auxiliara al caminar porque sus raíces se le enredaban y el peligro de morder el polvo era tan real como el punto y seguido con que termina esta frase. Le di la mano y logró

colocarse junto a mí a la espera del vendaval de hierro que intercambia pedazuelos de espacio por las dos o tres monedas del pasaje. La *árbola* lo vio venir y levantó una ramita para hacerle la parada. El autobús se detuvo poco a poco, pavoneándose por el lucimiento que le proporcionaban unos nuevos frenos que sabían ir desmenuzando la velocidad. Yo tomé el codo de una rama de la *árbola* y, no sin dificultades, la ayudé a subir al camión. El chofer, pacientemente, espero a que ella pagara lo que debía pagar por el viaje. Tambaleándose, la *árbola* buscaba y buscaba en su tronco la bolsita en la cintura donde se guardan los centavos; pero, por más que lo hacía, ay. no daba con el sitio. Entonces yo le pagué al conductor el pasaje de ella y el mío y, tomándola del tronco y de una rama, la ayudé a sentarse junto a la ventanilla en

el primer asiento del autobús. Yo me ubiqué a su lado. Y le mostré por la ventana una nube que, en los telares de su entraña, agrupaba a todo vapor la gloria de una lluvia inminente. En ella empezó a florecer por todas partes el agradecimiento y las dos o tres hojas que dejó caer en mi pecho olían a naranjil y yerbabuena. Con el rumor de un oboe escondido en su frondaje algo quería decirme, algo untado de morriña, como las cosas que se hablan “cuando declina el día, en alta mar y con la cara al cielo”. Pero yo no le entendía nada. Y las sílabas que le deslizaba como naipes para jugar el juego de la comunicación, al parecer no significaban nada para la niña. Entonces opté por silbar y cuál no sería mi sorpresa que desde dos o tres nidos semiocultos en su fronda me respondieron, en el lenguaje universal de la música, el cantar amarillo de un

canario y la roja cantiga de un cardenal. Entonces sí nos comprendimos, intercambiamos confidencias, y supimos de nuestra mutuas amarguras. Ella me habló de su soledad, de su no hallarle sentido a la existencia por más que a veces se hallaba lánquete que te lance preguntas a un viento que arrastra todo menos las respuestas. Yo le dije que me duele este México en que vivimos hasta los tuétanos, que ya no soporto la apatía de mis hermanos y que lloro a solas al advertir el tropel de puños que se han agusanado.

Dio la casualidad de que ambos teníamos que bajar en el mismo sitio. Nos levantamos del asiento, pedimos parada, yo le presté mi apoyo para que bajara desde el mundo fantástico que los dos construimos por un instante a la realidad. Y vimos cómo el autobús proseguía, a toda máquina, su impres-

cindible oficio de mercader de espacios. Yo ya me quería despedir de la *árbola* y venir para acá; pero la niña me puso una rama sobre el hombro y me presionó para que la acompañara a un bosquecillo que se halla muy cerca de esta casa, a tres pasos del aquí y el ahora que jubilosos compartimos.

La acompañé hasta un lugar donde había un agujero recién escarbado, oloroso a humedad y vida. Apenas lo vio la *árbola* y, como pudo, corrió a acomodarse en ese hueco, el suyo, que había abandonado sepa Dios por qué. Alrededor del hoyo estaba la tierra que alguien desplazara de su lugar de siempre y sobre ella una pala todavía con las fauces sucias y una navaja dedicada desvergonzadamente a refulgir. Entonces caí en cuenta de que la *árbola* me advertía la presencia de la pala y, entendiéndola, me puse a

rellenar el agujero para que la niña árbol pudiera erguirse con la seguridad y la prestancia de siempre. Quedé muy satisfecho de mi faena y estaba ya por irme –pues la impuntualidad con ustedes carcomía ya mi corazón– cuando la *árbola* me dijo o creí que me dijo: “algo falta”. Y yo, que capto al vuelo ciertas insinuaciones, tomé la navaja y grabé en el tronco de mi amiga un corazón atravesado por una flecha y debajo el nombre de *José*.

Esta es la causa, chitas y chitos, de por qué he llegado tan tarde a la celebración.